

Cardenal Francisco Nguyen van Thuan

UNA SOLA COSA ES NECESARIA

El fundamento de la vida cristiana

Durante mi larga tribulación de nueve años de aislamiento en una celda sin ventanas, a veces bajo la luz eléctrica durante muchos días, a veces en la oscuridad, me parecía que me ahogaba por el calor y la humedad, al límite de la locura. Era todavía un obispo joven, con ocho años de experiencia pastoral. No podía dormir; me atormentaba el pensamiento de tener que abandonar la diócesis, de que se derrumbasen tantas obras que había puesto en marcha por Dios. Experimentaba como una rebelión en todo mi ser.

Una noche, desde lo profundo del corazón, una voz me dijo: «¿Por qué te atormentas así? Tienes que distinguir entre Dios y las obras de Dios. Todo lo que has hecho y deseas seguir haciendo: visitas pastorales, formación de seminaristas, religiosos, religiosas, laicos, jóvenes, construcción de escuelas, de *foyers* para estudiantes, misiones para la evangelización de los no-cristianos...: todo eso es una obra excelente, son obras de Dios, ¡pero no son Dios! Si Dios quiere que abandones todo eso, hazlo enseguida, y ¡ten confianza en Él! Dios hará las cosas infinitamente mejor que tú. Él confiará sus obras a otros que son mucho más capaces que tú. ¡Tú has elegido a Dios sólo, no sus obras!».

Esta luz me dio una paz nueva, que cambió totalmente mi modo de pensar y me ayudó a superar momentos físicamente casi imposibles. Desde ese momento, una fuerza nueva llenó mi corazón y me acompañó durante trece años. Sentía mi debilidad humana, renovaba esta elección ante las situaciones difíciles, y la paz no me faltó nunca.

Elegir a Dios, y no las obras de Dios. Éste es el fundamento de la vida cristiana, en todo tiempo. Y es, a la vez, la respuesta más auténtica al mundo de hoy. Es el camino para que se realicen los designios del Padre sobre nosotros, sobre la Iglesia, sobre la

humanidad de nuestro tiempo.

Un «fiat» siempre renovado

Cada día comprendo mejor las palabras de la Sagrada Escritura: «Cuanto aventajan los cielos a la tierra, así aventajan mis caminos a los vuestros» (Is 55, 9).

Comprendo que mi vida es una sucesión de opciones, en cada momento, entre Dios y las obras de Dios. Una opción siempre nueva, que deriva en *conversión*.

María eligió a Dios, abandonando sus proyectos, sin comprender plenamente el misterio que se estaba realizando en su cuerpo y en su destino. Desde ese momento su vida es un *fiat* siempre renovado, hasta la cueva de Belén, hasta el exilio a Egipto, hasta el taller de carpintero en Nazaret, hasta el Calvario. Cada vez se actualiza una misma elección: «Dios, y no las obras de Dios». Y justamente así, María ve cumplirse todas las promesas: ve resucitar al Hijo que ha llevado exangüe entre sus brazos; ve recomponerse el grupo de discípulos y llevar el anuncio del Evangelio a todas las naciones; ve que es proclamada bienaventurada y «Madre de Dios» por todas las generaciones, ella que, al pie de la cruz, vio que le cambiaban a su Hijo divino por uno de nosotros, un simple hombre.

El verdadero culto

«Amarás a Yahvé, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con todas tus fuerzas» (Dt 6, 5; cf. Mt 22, 37).

En los libros del Levítico y del Deuteronomio, Dios ha establecido meticulosamente las ceremonias, las oraciones, los ornamentos de los sacerdotes y todo lo necesario para el culto oficial según los diversos tiempos, las distintas fiestas y solemnidades.

El libro de los Reyes nos narra los esfuerzos de Salomón por edificar el Templo, según el plan establecido por Dios, con la aportación de los pueblos vecinos. Nace así el centro religioso y nacional de Israel.

Y sin embargo, Dios, a través de los profetas, hace saber que de nada valen los sacrificios y los holocaustos, si no se da el sacrificio interior del corazón contrito y humillado, una opción auténtica y transparente de Dios. El cielo y la tierra le pertenecen, la tierra es la «alfombra» de sus pies. Dios no necesita un Templo (cf. *Is* 66, 1-2).

La valentía de la coherencia

Esta elección de Dios en la vida tiene como consecuencia el rechazo categórico de la idolatría. Así el anciano Eleazar prefiere morir antes que empañar su total adhesión a Dios (cf. *2 Mc* 6, 18-31).

Hoy, lo mismo que en tiempos del Antiguo y del Nuevo Testamento, quien elige a Dios ha de aceptar cualquier inconveniente posible: en el campo económico, del poder o en otros intereses... Jesús lo había dicho: *propter me* — «por mi causa».

Por esta elección, hay quien no puede entrar en la universidad, quien no consigue trabajo, quien se queda sin casa... Generaciones de cristianos en muchos países aceptan valientemente estos sacrificios.

Nos exhorta la Carta a los Hebreos: «Traed a la memoria los primeros días en que, después de ser iluminados, hubisteis de soportar un duro y doloroso combate, unas veces expuestos públicamente a injurias y ultrajes; otras, haciéndoos solidarios de los que así eran tratados. Pues compartisteis los sufrimientos de los encarcelados; y os dejasteis despojar con alegría de vuestros bienes, conscientes de que poseíais una riqueza mejor y más duradera» (*Hb* 10, 32-34).

La elección de Dios en la vida de un pastor

Cuando estaba en la cárcel, en cierto sentido, me era elegir sólo a Dios. No faltó la tentación de contemporizar. Pero justamente cuando decayó toda la seguridad precedente, sentí que debía concentrar toda mi vida en el *porro unum* (cf. *Lc* 10, 42), en lo único que importa.

Ahora que gozo de libertad, sumergido en el trabajo, en tareas a veces gravosas, es más fácil ser Marta que ser María.

De hecho, todo pastor piensa que ha elegido a Dios. Todos nos prodigamos con gran entrega a las obras de Dios. Pero siento que tengo que examinarme sinceramente una y otra vez delante de El: en mi vida pastoral ¿cuánto es para Él y cuánto para sus obras (que, además, con frecuencia son mis obras)? Al rechazar un cargo o desear otro, ¿soy verdaderamente desinteresado o no?

El autor de la Carta a los Hebreos da un consejo: «Tenéis necesidad de paciencia» (*Hb 10, 36*). Paciencia para ser realmente libres. Quien es libre no tiene miedo, como Moisés: «Moisés, ya adulto, rehusó ser llamado hijo de la hija del faraón, prefiriendo ser maltratado con el Pueblo de Dios a disfrutar el efímero goce del pecado» (*Hb 11, 24-25*). *La fuerza magnética del testimonio*

Durante una reciente conferencia en la Universidad de Salford, en Gran Bretaña, un seminarista me preguntó: «Padre, hablo en nombre de los seminaristas. ¿Puede dejarnos una consigna?». «No me esperaba esta pregunta —respondí—, pero no quiero defraudaros. En mi vida, que ha sido larga y accidentada, he hecho esta experiencia: si sigo fielmente, paso a paso, a Jesús, él me conduce a la meta. Caminaréis por senderos imprevisibles, a veces tortuosos, oscuros, dramáticos, pero tened confianza: ¡estáis con Jesús! Arrojad sobre él todas vuestras ansias y preocupaciones. No os preocupéis de cómo atraer a las multitudes. Estad seguros: ¡si seguís a Jesús, la gente os seguirá!».

En las Actas de los Mártires leemos esta narración: Cuando san Cipriano fue arrestado, el pretor lo interrogó ante una multitud.

—¿Eres tú *Thascius Cyprianus*?

—*Ego sum* — Lo soy.

—Los santos emperadores te han mandado sacrificar.

1. *Non facio* — No lo hago.
2. ¡Piénsalo bien!
3. *In re tam fusta, nulla est consultatio* — En una cosa tan justa no hace falta ninguna reflexión.
4. Que *Thascius Cyprianus* sea ajusticiado con la espada.
5. *Deo gratias* — Demos gracias a Dios.

La opción de Cipriano fue como una fuerza magnética, e hizo que sus fieles lo siguieran como una cosa sola al lugar del martirio».

Pienso en la peregrinación del Jubileo.

Avanzamos cada día, a pesar de las pruebas, los riesgos, porque tenemos una sola meta, tenemos una sola esperanza.

Porro unum est necessarium — «Una sola cosa es necesaria».

(F.X. Nguyen van Thuan, *Testigos de esperanza*, Ed. Ciudad Nueva, 2002, Págs. 54-59)